

PRINT

SUEÑO DE CAMINANTE

Fernando Edilberto Pedraza
Estudiante de Medicina. Universidad de Caldas

PALABRA CLAVE:

Ambiente.

Lo primero que vi fue el azul profundo del firmamento, que como un tácito testigo contemplaba complaciente el delicado vuelo de decenas de alcatraces de múltiples colores que lo surcaban con destino al poniente.

Luego me atrajo el especial brillo del sol de aquella tarde, magnánimo e imponente, producía calidez en el corazón y admiración a la vista. Me detuve un momento, y aún conciliado con lo que la bóveda celeste me ofrecía no pude contener mi asombro al ver aquel mar, que como el ponto que soñaron los Aqueos, arreciaba con bravura contra las rocas y besaba suavemente la playa en un romance eterno del cual, las estrellas y ahora yo, éramos los únicos testigos... La paz reinó.

Seguí caminando y entonces advertí a lo lejos una figura humana sentada sobre la arena; mientras me acercaba sentí el golpe de un viento cálido, amorfo y firme, que me recordaba las tranquilas tardes de agosto de mi niñez. Al estar a unos pocos pasos de aquella mujer adiviné, aclaro que por un entremés de mi mente más que por mi buen juicio, la razón única y fugaz por la cual ella estaba allí...Armonía.

Pensé que sería difícil no enamorarse de tantos y tan bellos elementos acertadamente dispuestos en perfecta convivencia. Inclusive yo mismo me sentí parte de aquel escenario lleno de vida, luz y color.

Luego de hacer un breve rodeo me senté a su diestra de cara al mar. Ella una vez acusó mi presencia, me miró desprevenidamente por unos segundos y volvió a fijar su atención en el horizonte. Fue como si me conociera de años y necesitara sólo de eso para hilvanar una mutua y secreta camaradería.

La observe con detenimiento, cauteloso de no obviar ningún detalle por pequeño que este fuera. Descifré su vejez en pos de mi entendimiento y no obtuve más que quietud... El silencio reinó.

Pasado un rato, y sin preámbulos, aquella noble mujer me confió, confirmando mi juicio anterior, su profundo amor por aquel entorno, y su ya antiguo embeleso por lo que al hombre no corresponde, por lo que se pertenece a sí mismo.

Me habló de la magia que encierra el olor de la Caoba, el encanto de las ballenas y las gotas innúmeras de la lluvia en Jaba...La comprensión reinó.

En ese momento me sentí infinitamente feliz por el gran conjunto de bondades que escuchaba y veía, y por un fulgor caprichoso que se encendía en mi corazón. Éste, siempre progresivo, siempre creciente, me incitaba a sentirme hermano de todo lo creado.

Bastaron sólo unos segundos para que la expresión de aquella mujer se nublara y se convirtiera en el mismísimo miedo a flor de piel. Fue como si una repentina visión colmada de tristeza la poseyera y en ese preciso instante, fue entonces cuando me describió el mundo en que yo viviría en el futuro. Me habló de guerras entre países hermanos, de océanos negros y de horizontes poblados únicamente por ruinas y desolación.

Paralelamente vi que el cielo se tornaba oscuro y que densos nubarrones, que vaticinaban una tormenta, dejaban caer una lluvia enrarecida que ardía en la piel. Luego percibí que el encanto jovial del viento se había transformado en un lastimero gemido que infundía terror al oírlo. Buscando consuelo me volví hacia el océano y vi que los alcatraces yacían inmóviles, y sin vida, sobre un oleaje lento y colmado de desechos putrefactos que no despertaron en mí más que aflicción y un vergonzoso sentimiento de culpa, todo por no haber hecho nada para evitar tanta destrucción, cuando aún se podía... La confusión reinó.

Cerré los ojos y me lamenté por los tiempos hermosos que había desperdiciado siendo un cómplice más de semejante crimen; entonces tomé la insufrible decisión de apelar a lo único que me quedaba por hacer...

Despertarme. Entonces, el miedo reinó.

Close Window